

CAPÍTULO XI

Los inquisidores de Estado

El capitán general Actón no había olvidado lo que aquella mañana le había dicho la reina, y convocó los inquisidores de Estado en la cámara obscura.

Las nueve era la hora de la cita; mas por mostrar su celo y por temor, cada uno quiso llegar el primero; de modo que á las ocho ya estaban los tres reunidos.

Aquellos tres hombres, cuyos nombres son todavía execrados en Nápoles, y que el historiador debe escribir en las tablas de acero de la posteridad, al lado de los de Laffemas y Jeffreys, se llamaban el príncipe Castelcicala, Guidovaldi y Vanni.

El príncipe Castelcicala, primero en grandeza y por consecuencia primero en baldón, era embajador en Londres, cuando la reina, necesitando un testamento entre las primeras familias de Nápoles, para

sus venganzas públicas y privadas, le hizo abandonar su embajada. Necesitaba un gran señor, dispuesto á sacrificarlo todo á su ambición, y pronto á beber toda clase de humillaciones con tal que en el fondo del vaso encontrase oro y favores. Él aceptó pensando que algunas veces se ganaba más bajando que subiendo; y habiendo calculado lo que podía esperar del agradecimiento de una reina el hombre que se pone al servicio de sus odios, el príncipe se hizo esbirro, el embajador espía.

Guidovaldi no bajó ni subió aceptando la misión que le ofrecían: juez inicuo, magistrado prevaricador, quedó el mismo hombre sin conciencia que fué siempre. La diferencia estaba en que, en lugar de ser un simple juez, se veía honrado con el favor real y esperaba brillar en más dilatada esfera.

Por temidos y odiados que fuesen los inquisidores, aun lo era más el fiscal Vanni; éste no tenía semejante en la especie humana, y si el porvenir le guardaba uno con quien se le pudiese comparar en el siciliano Speciale, entonces era desconocido. ¿Y Fouquier Tinville? diréis. No; es preciso ser justo con todos; hasta con los Fouquier Tinville. Éste era el acusador del Comité de salud pública. Como á un sacrificador, le presentaban la víctima y le decían: « ¡mata! » Pero él no iba á buscarla; él

no era como Vanni, espía para descubrirla, esbirro para prenderla y juez para condenarla. « ¿ Qué me reprocháis? gritaba Fouquier Tinville á sus jueces, que le acusaban de haber hecho cortar tres mil cabezas : ¿ acaso yo soy un hombre? Yo soy un hacha. Si me acusáis, acusad también la cuchilla de la guillotina. » No : el equivalente de Vanni es preciso buscarlo entre las fieras. Él tenía algo de lobo y de hiena; no sólo en lo moral sino en lo físico. Saltaba de improviso como el primero, cuando tenía que agarrar la presa; tenía la marcha silenciosa y oblicua de la segunda, cuando tenía que acercarse á ella. Era más bien grande que pequeño; su mirada era sombría y reconcentrada: tenía el rostro color de ceniza, y como el terrible Carlos de Anjou, de quien Villani nos ha dejado un magnífico retrato, no reía nunca y dormía poco.

La primera vez que ocupó su puesto en la junta, de que había sido nombrado fiscal, entró en la sala de sesiones con el semblante decompuesto y desfigurado por el terror. ¿ Era falso ó verdadero? Llevaba los anteojos levantados sobre la frente; tropezó en todos los muebles, incluso la mesa, y llegó á sus compañeros, gritando :

— ¡ Señores, señores, hace dos meses que no duermo viendo los peligros á que está expuesto *mi rey* !

Y como siempre decía *mi rey*, el presidente de la junta, impacientándose, le dijo á su turno :

— ¡ Vuestro rey! ¿ qué queréis decir con esas palabras que ocultan el orgullo bajo la apariencia del celo? ¿ Por qué no decís sencillamente como nosotros *nuestro rey* ?

Responderemos por Vanni, que no respondió.

— El que bajo un gobierno despreciable y despótico dice : *mi rey*, debe necesariamente ser preferido al que sólo dice : *nuestro rey*.

Como ya hemos dicho, gracias á Vanni, los calabozos se llenaron de supuestos culpables, y en ellos estaban privados de aire, de luz y de pan. Una vez encerrados en aquellas sepulturas, los infelices no solamente ignoraban cuándo saldrían, sino cuándo serían juzgados. Vanni, supremo director del dolor público, cesaba de ocuparse de sus víctimas en cuanto las tenía encerradas, para no pensarse más que de los que aun no había podido atrapar.

Si una madre, una esposa, una hermana ó una amante, acudían á pedir gracia para los que más amaban, no alcanzaban más que empeorar sus causas. Si acudían al rey, no sólo era inútilmente, era además peligroso, porque del rey Vanni apelaba á la reina; y es sabido que si el rey perdonaba alguna vez, la reina no perdonaba jamás.

Lo que hacía más temible á Vanni, era que al contrario de Guidoaldi, pasaba por juez íntegro, aunque inflexible. Reunía á una ambición sin límites una crueldad desmedida, y para mayor desgracia de la humanidad, era un entusiasta. El asunto que le ocupaba siempre le parecía inmenso porque lo miraba con el microscopio de su inteligencia. Tales hombres son peligrosos no sólo para los que los han de juzgar, sino que son también funestos para los que los hacen jueces, porque no siendo capaces de satisfacer su ambición con acciones verdaderamente grandes, dan una importancia ficticia á sus mezquinas acciones, únicas que está en su mano producir.

Había granjeado la reputación de juez severo, aunque inflexible, con su conducta en el asunto del príncipe Tarsia. Este señor había administrado la fábrica de seda de San Lucio antes que el cardenal Ruffo. En este nombramiento hubo dos errores: el del rey en nombrar al príncipe para tal puesto, y el del príncipe al aceptarlo. Incapaz de manejar un asunto de contabilidad, como de cometer un fraude, honrado, aunque no sabiendo rodearse de personas honradas, se encontró, al cabo de algunos años de la administración del príncipe, un déficit de cien mil escudos, que Vanni se encargó de liquidar.

No había nada más fácil que esta liquidación. El príncipe poseía una fortuna de un millón de ducados, y ofreció pagar; pero si pagaba no había escándalo, y todas las ventajas que Vanni esperaba del asunto se desvanecían. En dos horas todo podía arreglarse y cobrarse el déficit sin que sufriera gran merma la fortuna del príncipe; mas el asunto de la liquidación, gracias al liquidador, duró diez años, el déficit no se cubrió y el príncipe perdió su fortuna y su reputación.

En cambio Vanni adquirió un nombre que le valió el sangriento honor de formar parte de la junta de Estado formada en 1796.

Una vez nombrado, Vanni se puso á gritar á diestro y siniestro que no garantizaba la seguridad de sus augustos soberanos, si no le dejaban encarcelar, sólo en Nápoles, veinte mil jacobinos.

Cada vez que veía á la reina, se le acercaba, ora por uno de los saltos que lo asemejaban á los lobos, ora con la marcha oblicua que había aprendido de las hienas, y le decía:

— ¡ Señora, tengo el hilo de una conjuración !
¡ Señora, estoy siguiendo las huellas de un nuevo complot !

Y Carolina, que se creía rodeada de complots y conjuraciones, le respondía :

— ¡ Adelante, adelante, Vanni! servid bien á vuestra reina y seréis recompensado.

Aquel terror *blanco* duró más de tres años: al cabo de ellos, la indignación pública subió como una marea de equinoccio, y fué á llamar á las puertas de las prisiones en que tantos inocentes yacían encerrados, sin que al cabo de tres años de sumario sus procesos hubiesen arrojado nada contra ellos; aunque los sumarios estaban hechos por jueces que más parecían hienas que hombres. Vanni entonces recurrió como última esperanza á la tortura.

Pero á Vanni no le bastaba el tormento ordinario; porque las tradiciones que se remontaban á la edad media, desde cuya época había caído en desuso, decían que los ánimos valerosos y los cuerpos robustos lo habían soportado. No: Vanni reclamó el tormento extraordinario, que los antiguos legisladores autorizaban sólo contra delitos de lesa majestad; y pedía que los jefes de la conjuración, el caballero Médici, el duque de Canzano, el abad Monticelli y siete ú ocho más sufrieran el tormento que él llamaba *tormenti spietati come sopra cadaveri*, lo que quiere decir: tormentos semejantes á los que se podrían hacer padecer á los cadáveres.

Sublevóse la conciencia de los jueces, y aunque Guidoaldi y Castelcicala aceptasen la tortura pro-

puesta por Vanni, el tribunal la rechazó por los votos de todos sus miembros, menos los de dos.

Esta unanimidad fué la salvación de los presos y la caída de Vanni.

Los presos fueron puestos en libertad y la junta disuelta por el disgusto público.

Entonces fué cuando la reina le tendió la mano, le hizo dar el título de marqués y con aquellos tres hombres maldecidos por la opinión pública, formó su tribunal, su inquisición privada, que juzgaba en la soledad y hería en las tinieblas, no con el hacha del verdugo, sino con el puñal del esbirro.

Hemos visto en el desempeño de sus funciones á Pascuale de Simone; ahora veremos á Guidoaldi, Castelcicala y Vanni.

Los tres inquisidores de Estado estaban reunidos en la cámara oscura; estaban sentados, inquietos y sombríos alrededor de la mesa cubierta con tapete verde, iluminada por la lámpara de bronce. La pantalla dejaba en la obscuridad sus fisonomías, de modo que no se hubieran conocido de uno á otro lado de la mesa, si no hubiesen sabido quiénes eran.

El mensaje de la reina los turbaba: ¿había descubierto alguna trama un espía más hábil que ellos?

Cada uno de ellos revolvía en su cerebro su inquietud, sin manifestarla á sus compañeros, espe-

rando con ansiedad que se abriese la puerta que daba á las habitaciones de palacio y entrase la reina.

De tiempo en tiempo, cada uno echaba una rápida y sombría mirada hacia el rincón más oscuro de la cámara.

En aquel rincón, casi perdido en la obscuridad, estaba en pie el esbirro Pascuale de Simone.

Tal vez sabía más que ellos; porque mejor que ellos conocía los secretos de la reina, y aunque le daban sus órdenes, no se hubiesen atrevido á preguntarle nada.

La gravedad del asunto se revelaba por su presencia.

Para los mismos inquisidores de Estado, Pascuale de Simone era más terrible que maese Donato.

Maese Donato era el verdugo público y con diploma; Pascuale de Simone era el verdugo secreto y misterioso. Uno era el ejecutor de la ley, otro el del capricho real.

Los mismos inquisidores, que lo miraban como fatídica sombra, envuelto en las tinieblas que envolvían la cámara, no podían considerarse seguros de su puñal, porque sabían y podían revelar más de lo que á los reyes les conviene, para que no se deshiciesen de ellos el día en que no creyesen necesarios sus servicios.

Al dar la última campanada de las diez, entró en la cámara Carolina.

Los tres inquisidores se levantaron simultáneamente, la saludaron y se adelantaron hacia la reina. Ésta traía varias cosas ocultas bajo su chal de cachemira encarnado, que llevaba sobre los hombros más como capa que como chal. Pascuale de Simone no se movió. El perfil rígido del esbirro quedó fijo junto al muro, como una figura de retablo.

La reina tomó la palabra sin dejar tiempo á los inquisidores de Estado para ofrecerle sus homenajes.

— Esta vez, señor Vanni, dijo la reina, no sois vos quien tiene los hilos de una trama, ni quien sigue la pista á una conjuración; soy yo; pero más feliz que vos, que habéis encontrado los culpables, sin pruebas de sus delitos, os traigo las pruebas y con ellas los medios de encontrar los culpables.

— No es, sin embargo, señora, el celo lo que nos falta, dijo Vanni.

— Ya lo creo, replicó la reina, pues muchos os acusan de tener demasiado.

— Nunca es demasiado cuando se trata de servir á Vuestra Majestad, dijo el príncipe de Castelcicala.

— ¡Nunca! repitió como un eco Guidovaldi.

Durante este corto diálogo, la reina se había aproximado á la mesa, y echando el chal á la

espalda, puso sobre ella un par de pistolas y una carta, que aun estaba manchada de sangre.

Los tres inquisidores la miraron llenos de sorpresa.

— Sentaos, dijo la reina. Marqués Vanni, tomad una pluma y escribid las instrucciones que voy á daros.

Los tres hombres se sentaron, y la reina en pie con el puño cerrado sobre la mesa, envuelta en su manto encarnado como una emperatriz romana, dictó las siguientes palabras :

— En la noche del 22 al 23 de Septiembre último, se reunieron seis hombres en las ruinas del castillo de la reina Juana ; esperaban al séptimo, enviado de Roma por el general Championnet. El enviado de Championnet había dejado su caballo en Puzzolo ; había tomado una barca, y á pesar de la tempestad que amenazaba y que no tardó en descargar, se adelantó por mar en la dirección del palacio arruinado, donde lo esperaban. En el momento en que la barca iba á tocar tierra, se sumergió y los dos pescadores que la conducían perecieron ; el mensajero se salvó á nado. Los otros seis y él estuvieron reunidos en conferencia hasta después de las doce y media. El mensajero salió el primero y se dirigió al río de Chiaia. Los otros seis hombres

dejaron las ruinas ; tres subieron el Pausilipo, y los otros descendieron en una barca á lo largo de la costa, en la dirección del castillo del Huevo. Poco antes de llegar á la fuente del León, el mensajero fué asesinado...

— ¡ Asesinado ! exclamó Vanni ; ¿ y por quién ?

— Eso no os importa, respondió la reina con tono seco. No tenemos que perseguir á sus asesinos.

Vanni vió que había equivocado el camino y calló.

— Antes de sucumbir mató dos hombres con estas pistolas, é hirió otros dos con el sable que encontraréis en aquel armario, y así diciendo, la reina les indicó el lugar en que quince días antes había guardado el sable y la capa. Podéis ver el sable, que es de fábrica francesa ; pero estas pistolas son de las reales fábricas de Nápoles, y están marcadas con una N, primera letra del nombre de bautismo de su dueño...

Ni con su aliento interrumpieron aquellos tres hombres á la reina ; hubiérase dicho que eran de mármol.

— Os he dicho, continuó, que el sable era de fábrica francesa ; pero en lugar del uniforme francés que el hombre llevaba, y que al saltar en tierra estaba calado por la lluvia y el mar, al salir de las ruinas llevaba una hopalanda de terciopelo verde,

que le había prestado uno de los seis conjurados. El conjurado que le prestó la hopalanda, olvidó en un bolsillo una carta de mujer y de amor, dirigida á un joven llamado Nicolino. Las iniciales N. N. incrustadas en las pistolas, prueban que pertenecen á la misma persona á quien iba dirigida la carta, que debió prestárselas con la hopalanda.

— Esta carta, dijo Castelcicala, después de examinarla con esmero, no tiene por toda firma más que una E.

— Esta carta, dijo la reina, es de la marquesa Elena de San Clemente.

Los tres inquisidores se miraron.

— ¿ Creo que es una de las damas de honor de V. M. ? preguntó Guidovaldi.

— Una de mis damas de honor, sí, señor, dijo la reina con cierta entonación, como si quisiera negar su calidad de *dama de honor* á la marquesa. Ahora bien, como los amantes están aún en la luna de miel, según parece, he dado licencia á la marquesa de San Clemente, que estaba de servicio, y que será mañana reemplazada por la condesa de San Marcos. Escuchad bien esto, añadió la reina.

Los tres inquisidores se acercaron á Carolina, inclinándose sobre la mesa, en torno del círculo de

luz proyectado por la lámpara, de modo que sus cabezas, que hasta entonces habían estado en la sombra, se encontraron de repente iluminadas.

— Escuchad bien esto, repitió Carolina; es probable que la marquesa de San Clemente, *mi dama de honor*, como la llamáis, señor Guidovaldi, no dirá á su marido que yo le he dado licencia, y consagrará el día de mañana á su querido Nicolino. ¿ Supongo que comprenderéis lo demás ?

Los tres hombres interrogaron á la reina con la mirada : no habían comprendido.

Carolina continuó.

— Es bien sencillo, sin embargo ; Pascuale de Simone rodea el palacio de la marquesa. Si sale, la siguen disimuladamente hasta el sitio de la cita ; reconocen á Nicolino ; pero dejan á los amantes estar juntos todo el tiempo que quieran. La marquesa saldrá probablemente la primera, y cuando Nicolino salga lo arrestan sin hacerle mal. La cabeza del que se atreva á tocarlo más que para prenderlo, añadió la reina alzando la voz y frunciendo las cejas, me responde de él ! La gente de Simone lo prenderá vivo y lo conducirá al castillo de San Telmo, recomendándolo particularmente al gobernador, que escogerá para él uno de los calabozos más seguros. Si consiente en nombrar los cóm-

plices, todo irá bien: si se niega, Vanni se hará cargo de él; y no tendréis un tribunal estúpido que os impida aplicarle el tormento, *como si fuese un cadáver*. ¿ Os parece esto claro, señores? ¿ Soy yo un buen perdiguero cuando me propongo descubrir las conspiraciones?

— Cuanto hace la reina lleva la marca del genio, dijo Vanni inclinándose; ¿ tiene V. M. otras órdenes que darnos?

— Ninguna, replicó la reina. Lo que el marqués de Vanni acaba de escribir os servirá á los tres de regla. Después del primer interrogatorio me daréis cuenta. Tomad como pruebas de convicción la capa, las pistolas, el sable y la carta, y que Dios os guarde.

La reina saludó con la mano á los tres inquisidores: éstos se inclinaron profundamente y salieron sin volver la espalda á la reina.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Carolina hizo un signo á Pascuale; el esbirro se acercó hasta el otro lado de la mesa.

— ¿ Has comprendido? le dijo la reina arrojando sobre la mesa una bolsa llena de oro.

— Sí, Majestad, respondió el esbirro tomando la bolsa y dando las gracias con un saludo.

— Mañana vendrás á la misma hora para darme cuenta de lo que ha pasado.

Al día siguiente á la misma hora, la reina oyó de boca de Pascuale que el amante de la marquesa de San Clemente, sorprendido de improviso, había sido arrestado, sin resistencia, y conducido al castillo de San Telmo, á las tres y media de la tarde.

También supo que el preso era Nicolino Caracciolo, hermano del duque de Rocca-Romana y sobrino del almirante.

— ¡ Ah! murmuró la reina, ¿ si tuviésemos la fortuna de que también el almirante estuviera!

CAPÍTULO XII

La partida.

Quince días después de los sucesos que hemos referido en el precedente capítulo, en una de esas mañanas en que el otoño de Nápoles rivaliza con la primavera de los otros países, la población, no sólo de Nápoles, sino de los pueblos y aldeas vecinas, se amontonaba en torno del palacio real, llenando por una parte la bajada del Gigante, y por la otra la calle de Toledo, y enfrente de la gran entrada del palacio, todas las calles que conducían á su grandiosa plaza, llamada hoy del *Plebiscito*. Un cordón de soldados impedía al pueblo pasar adelante.

Los oficiales que los mandaban estaban cubiertos de cintas y condecoraciones de todos los países; sus uniformes brillaban como un ascua de oro; sobre sus sombreros de tres picos flotaban los penachos de plumas que tanto gustan á los pueblos meridionales. Lanzábanse de uno á otro extremo de la

plaza, so pretexto de llevar órdenes, pero en realidad para lucir sus uniformes y mostrar su agilidad en el manejo del caballo. Todas las ventanas y balcones estaban adornados con las banderas blancas de Nápoles y encarnadas de Inglaterra, y llenas de mujeres que, agitando sus blancos pañuelos, gritaban: « ¡ Viva el rey! ¡ viva Inglaterra! ¡ viva Nelsón! ¡ mueran los franceses! » Aquellos gritos, que empezaban en el fondo de la calle, subían de ventana en ventana, como las serpientes de luz que en los fuegos artificiales llevan el incendio hasta los últimos pisos, yendo á extinguirse en los terrados cubiertos de espectadores.

Todo el estado mayor galopaba en la plaza, el pueblo se agolpaba en las calles, las damas agitaban sus pañuelos y los espectadores coronaban los terrados. Todos esperaban al rey Fernando, que iba á ponerse á la cabeza de su ejército para marchar en persona contra los franceses.

Ocho días hacía que se había declarado la guerra; los curas predicaban en las iglesias; los frailes tronaban en plazas y encrucijadas, subidos en los guardacantones; las proclamas del rey cubrían todas las esquinas, y todas decían que el rey había hecho lo posible para conservar la amistad con los franceses; pero que la ocupación de Roma había

ultrajado el honor napolitano; que él no podía tolerar la invasión de los Estados del papa, á quien amaba como antiguo aliado y respetaba como cabeza visible de la Iglesia; por todo lo cual marchaba al frente de su ejército para restituir á Roma á su legítimo soberano.

Dirigiéndose luego al pueblo, añadía:

« Si hubiera podido obtener este resultado por cualquier otro medio, no hubiera vacilado en emplearlo. ¿ Mas qué esperanza de éxito hubiéramos tenido después de tantos funestos ejemplos que ya conocéis? Lleno de confianza en la bondad del Dios de los ejércitos, que guiará nuestros pasos y dirigirá mis operaciones, parto al frente de los bravos defensores de la patria, y voy con la mayor alegría á arrostrar todos los peligros, por amor á mis compatriotas, mis hermanos y mis hijos, pues como á tales os he considerado siempre. Sed fieles á Dios y obedeced á mi muy amada esposa, á quien he encargado del gobierno durante mi ausencia. Os recomiendo que la respetéis y la queráis como á una madre. También os dejo á mis hijos, á quienes debéis amar lo mismo que á mí. Suceda lo que quiera, acordaos de que sois napolitanos, que para ser valiente basta quererlo; que más vale

morir gloriosamente por la causa de Dios y de la patria, que vivir en la opresión. Derrame el cielo sobre vosotros sus bendiciones. ¡ Tal es el deseo del que guardará por vosotros, mientras viva, los tiernos sentimientos de un soberano y de un padre! »

Era la primera vez que el rey se dirigía á su pueblo, hablando de su amor paternal, apelando á su valor, y confiándole su mujer y sus hijos. Desde la batalla de Velletri, ganada en 1744 por los españoles sobre los alemanes, y que aseguró el trono á Carlos III, los napolitanos no habían oído tronar el cañón más que en las grandes fiestas, lo que no impedía que se creyesen los primeros soldados del mundo.

En cuanto á Fernando, nunca había tenido ocasión de poner á prueba su valor ni su genio militar, por lo cual nadie podía acusarle de incapacidad ni de flaqueza. Sólo él sabía qué pensar de sus cualidades y se había explicado delante de Mack, como ya hemos visto, con su acostumbrado cinismo.

El acto de dirigirse á su pueblo para justificarse ante él, bien ó mal, de la necesidad en que se hallaba de llevarlo á la muerte contra un enemigo tan peligroso como los franceses, era ya un progreso político harto notable.

Verdad es que, además del ayuda del Austria,

de la cual no dudaba después de la carta que acababa de recibir, contaba con una división piamontesa. Un despacho particular había sido escrito por el príncipe Belmonte al caballero Priocca, ministro del rey de Cerdeña, documento que vamos á reproducir, y que nos parecería apócrifo si no lo tuviéramos á la vista; hasta tal punto se violan en él tanto la moral divina como la humana y los derechos de las naciones.

Helo aquí:

« Señor caballero :

» Sabemos que en el consejo de S. M. el rey de Cerdeña, muchos ministros circunspectos, por no decir tímidos, tiemblan á la idea del perjurio y del asesinato como si en el último tratado de alianza entre Francia y Cerdeña, fuera un acto político digno de ser respetado. ¿No lo dictó la fuerza opresiva del vencedor? ¿No fué aceptado bajo el imperio de la necesidad? Semejantes tratados no son más que la injusticia que el más fuerte impone al oprimido, quien violándolos, no hace más que librarse de ellos en la primera ocasión que le ofrece la fortuna.

» ¡Cómo! en presencia de vuestro rey, prisionero en su propia capital, rodeado de bayonetas enemi-

gas, ¿os creeríais perjuros, si no guardabais las promesas arrancadas por la necesidad y desaprobadas por la conciencia? ¿Y llamaríais asesinato al exterminio de vuestros tiranos? ¿La debilidad de los oprimidos no podrá esperar nunca un legítimo socorro contra la fuerza que sobre ellos pesa?

» Llenos de confianza y de seguridad en la paz, los batallones franceses se hallan diseminados por el Piamonte. Excitad el patriotismo del pueblo hasta el entusiasmo y el furor, de suerte que todo piamontés aspire al honor de exterminar un enemigo de la patria. Estos asesinatos parciales aprovecharán más á los piamonteses, que victorias alcanzadas en el campo de batalla, y nunca la justa posteridad dará el nombre de traición á los actos enérgicos de todo un pueblo, que pasa sobre el cadáver de sus opresores para reconquistar su libertad. Nuestros bravos napolitanos á las órdenes del general Mack, serán los primeros en dar el grito de muerte contra el enemigo de tronos y pueblos, y acaso estarán ya en marcha cuando recibáis esta carta.»

Todas estas excitaciones habían producido en el pueblo napolitano, tan fácil de arrastrar á los extremos, un entusiasmo delirante. Aquel rey que

como Godofredo de Bouillón, emprendía la guerra santa, aquel campeón de la Iglesia, que volaba al socorro de los altares destruidos, de la religión profanada, dando ejemplo á la cristiandad, era el ídolo de Nápoles; y el que se hubiera atrevido á presentarse en medio de aquella multitud vestido con un pantalón ó cubierto á lo Tito, se hubiera expuesto á perder la vida. Por esto, todos los que pudieran ser sospechosos de jacobinismo, es decir, de partidarios del progreso y de la instrucción, y que considerasen á Francia como iniciadora de los pueblos en la civilización moderna, se habían guardado bien de salir de sus casas aquel día.

Y sin embargo, por bien dispuesta que estuviese, aquella multitud empezaba ya á impacientarse, porque era la misma que injuria á *San Gennaro* cuando tarda en hacer su milagro. El rey debía presentarse á las nueve, y ya habían dado las diez y media en los relojes de todas las iglesias de Nápoles sin que S. M., que no tenía costumbre de hacerse esperar, se hubiese presentado. Á las citas de caza siempre llegaba el primero; y lo mismo sucedía en el teatro, aunque sabía muy bien que no se levantaría el telón hasta que él llegase. En cuanto á comer su macarrón, diversión que él sabía que esperaba el público con impaciencia, nunca

dejaba de hacerlo en el tiempo que el reloj de San Carlos necesitaba para tocar las diez. ¿ En qué consistía la poca prisa que se daba para satisfacer los deseos de un pueblo á quien prodigaba tanto cariño en sus proclamas? El caso era que el rey acometía una aventura mucho más peligrosa que las de correr el ciervo ó el jabalí ó asitir en San Carlos á la representación de dos actos de ópera y tres de baile. El rey jugaba una partida á un juego que le era desconocido y para el cual presentía su incapacidad; por eso no se daba prisa á levantar las cartas.

Por último, los tambores redoblaron, las cuatro músicas dispuestas en los ángulos de la plaza tocaron á un tiempo la marcha real, los balcones de palacio se abrieron, y ocupó el de enmedio la reina, con el príncipe real, la princesa de Calabria, los príncipes y princesas de la real familia, sir William y lady Hamiltón, Nelsón, Troubridgt y Ball, y los siete ministros. Los otros balcones fueron ocupados por las damas de honor, gentileshombres, chambelanes de servicio y todos los que, de cerca ó de lejos, pertenecían á la corte. Al mismo tiempo, saludado por los frenéticos gritos y vivas del pueblo, el rey apareció á caballo en la gran puerta de palacio, escoltado por los príncipes

de Sajonia y de Filipsthal, por su ayudante de campo de confianza, el marqués de Malaspina, á quien ya vimos cerca de él en la galera capitana, y por su amigo particular el duque de Ascoli, sin cuya compañía había declarado el rey que no quería marchar; en lo que consintió el duque con gusto, aunque no tenía grado alguno en el ejército.

Ganaba el rey á caballo parte de las ventajas que perdía á pie. Sólo el duque de Rocca-Romana podía disputarle el título de primer jinete del reino, y aunque se encorbaba un poco, mostraba mucha más gracia en este ejercicio que en ningún otro.

Sin embargo, aun antes de salir del portal, fuese casualidad ó presagio, el caballo del rey, habitualmente seguro y manso, dió un salto de costado, que hubiera desarzonado á cualquiera otro jinete, y resistiéndose á entrar en la plaza, se encabritó á punto de caer hacia atrás; pero el rey tendió la mano, le clavó las espuelas en los ijares, y el bruto, de un solo brinco entró en la plaza, como si hubiera salvado para ello un obstáculo imaginario.

— ¡ Mal augurio! dijo el duque de Ascoli al marqués de Malaspina; un romano se volvería á su casa.

El rey, que tenía demasiadas preocupaciones momentáneas, y que no pensaba en las antiguas,

que además no conocía, con la sonrisa en los labios y ufano de mostrar su habilidad á tantos espectadores, lanzóse en medio del círculo que habían formado los generales para recibirlo. Vestía un uniforme de mariscal austriaco, cubierto de bordados y cordones, y sobre su tricornio flotaba un penacho rival, por lo grande y lo blanco, del que su abuelo Enrique IV llevaba en Ivry, y que su ejército debía seguir, no como el del vencedor de Mayenne, por el camino del honor y de la gloria, sino por el de la derrota y la vergüenza.

Ya hemos dicho que á la vista del rey las aclamaciones y los vivos resonaron como una tempestad. El rey, orgulloso de su triunfo, y lleno, por el momento, de confianza en sí mismo, volvió su caballo para dar frente al palacio, y saludó á la reina quitándose el sombrero.

Entonces todos los balcones de palacio se animaron á su turno; resonaron los vivos; volaron al aire los pañuelos; los niños tendieron los brazos hacia el rey: unióse á esta demostración la de la multitud, convirtiéndose en universal, y para que nada le faltase, se empavesaron los buques que había en el puerto y se repitieron las salvas de artillería.

Por la cuesta del arsenal subieron al mismo tiempo

con guerrero estrépito veinticinco piezas de artillería, destinadas al cuerpo de ejército del centro, á cuyo frente debían ponerse el rey y Mack. Detrás subía el tesoro del ejército encerrado en carruajes de hierro. En aquel momento la iglesia de San Fernando daba las once.

Era la hora de la partida, ó para hablar más propiamente, una hora después, porque la señalada había sido las diez.

El rey quiso concluir con un golpe teatral.

— ¡ Hijos míos ! gritó extendiendo los brazos hacia el balcón donde estaban con las princesas sus hijos más jóvenes Leopoldo y Alberto : el primero, de nueve años, que después fué el príncipe de Salerno, favorito de la reina, y el segundo el favorito del rey, que tenía diez años y cuyos días estaban ya contados.

Los niños, oyéndose llamar por su padre, desaparecieron del balcón, bajaron corriendo la escalera y fueron por entre los caballos, que llenaban la plaza, á arrojarlos en brazos del rey, que les levantó del suelo abrazándolos.

Después los enseñó al pueblo, diciendo en alta voz :

— Os los recomiendo, amigos míos : después de la reina es lo que más amo en el mundo.

Devolvió los niños á sus ayos, desenvainó la espada con el mismo gesto que le pareció tan ridículo cuando Mack sacó la suya, y añadió :

— ¡ Y yo voy á vencer ó morir por vosotros !

Al oír estas palabras, la emoción llegó á su colmo : las princesas lloraron ; la reina llevó el pañuelo á los ojos ; el duque de Calabria levantó las manos al cielo, como si pidiera á Dios la bendición para su padre ; los ayos tomaron en brazos á los príncipes y se los llevaron, á pesar suyo ; y la multitud dió vivas y vertió lágrimas al mismo tiempo.

El efecto que el rey buscaba estaba producido ; prolongar la escena era perderlo ; las trompetas dieron la señal y el ejército se puso en marcha. Un pequeño cuerpo de caballería estacionado en el *Largo* de San Fernando, formó la cabeza de la columna ; el rey marchó detrás respondiendo á los gritos de ¡ viva Fernando IV ! ¡ Viva Pío VI ! ¡ Mueran los franceses !

Mack y todo el estado mayor siguieron al rey, y tras él marchó todo el formidable tren de que hemos hablado, cerrando la marcha otro cuerpo de caballería.

Antes de salir de la plaza de palacio, volvióse el rey por última vez para saludar á la reina y decir « adiós » á sus hijos.

Después entró en la calle de Toledo y siguió por el Largo Mercatello, Puerto de Alba y el Largo de la Piña hasta salir al camino de Capua, donde el ejército debía hacer su primer alto, mientras el rey daba el último adiós en Caserta á su mujer, á sus hijos y á sus canguros. Pero lo que el rey sentía más al abandonar á Nápoles era su pesebre ó nacimiento que dejaba sin concluir.

Fuera de la ciudad esperaba al rey un coche, en el que entró con el duque de Ascoli, el general Mack y el marqués de Malaspina, y fueron á Caserta, donde debía reunírseles dos horas después la reina, la familia real y los íntimos de la corte para permanecer juntos hasta el día siguiente, en el que debían entrar realmente en campaña.

CAPÍTULO XIII

Algunas páginas de historia

Aunque no sea nuestra intención hacernos el historiador de esta campaña, menester será que sigamos al rey Fernando en su marcha triunfal, al menos hasta Roma, y narremos los sucesos más importantes de esta marcha.

El ejército del rey de las Dos Sicilias había tomado de antemano posiciones acantonándose. Estaba dividido en tres cuerpos: 22,000 hombres acampaban en San Germano, 16,000 en los Abruzzos, 8,000 en la llanura de Sessa, sin contar, 6,000 hombres en Gaeta, dispuestos á ponerse en marcha, como retaguardia, á los primeros pasos que los tres cuerpos dieran hacia adelante, y otros 8,000 prontos á darse á la vela para Liorna, á las órdenes del general Naskell. El primer cuerpo debía marchar á las órdenes del rey en persona, el segundo á las del general Micheroux, y el tercero á las del general de Damas.